EL PRESTAMISTA

Aarón Alejandro Romo Arceo

Capítulo 1

PREFACIO

Cuando salió la luna llena, Erick sintió un punzante dolor en la espalda. No era un dolor como el que estuvo sintiendo los últimos meses. Era un dolor agudo, un dolor intenso, algo tan fuerte como para que deseara estar muerto; sentía como si unas pinzas gigantes y al rojo vivo estiraran su piel, pero luego de un rato estaba seguro de que eso dolería menos.

Se tiró al suelo gimiendo y chillando mientras su agonía iba en aumento. Perdía la consciencia. Su mente comenzaba a nublarse y se sintió inmóvil, como si estuviera entrando en estado de shock. Los árboles a su alrededor comenzaban temblar, y poco a poco se desvanecían en el aire como sombras delineadas.

No comprendía cómo, a pesar de estar al borde del desmayo, el dolor, en lugar de ir disminuyendo, más bien parecía aumentar. Soltó un grito muy fuerte, desahogando todo lo que estaba padeciendo en aquellos instantes, pero era obvio que un grito no iba a solucionar nada, porque aunque alguien lo escuchara, ya era muy tarde para hacer algo.

De pronto, el dolor se expandió por todo su cuerpo, y era como si miles de agujas estuvieran atravesándolo, como si sus poros se prendieran en llamas y comenzaran a quemarlo.

Su vista quedó completamente nublada, ahora únicamente distinguía sombras flotantes mezcladas en la oscuridad nocturna y un enorme y brillante punto blanco colgado en el cielo.

Su consciencia y su mente desaparecían junto con el entorno a su alrededor, ya no se hallaba en sí, perdió total enfoque de su situación pero el dolor continuaba augurando más durante un largo rato. Quedó sordo; un zumbido agudo y latente brotaba de sus oídos y lo mantuvo en un estado de trance del cual ya no podía despertar. Era como anestesia; sí, algo parecido a eso; no era capaz de moverse, sus miembros estaban dormidos y sólo reaccionaban a vagos reflejos que quién sabe cómo aún podía realizar.

Las sombras a su alrededor se volvían cada vez más oscuras y la luna sobre su cabeza perdía brillo, los árboles eran humo gris perdiéndose en la noche y ese latente zumbido había embargado sus oídos por completo hasta que ya no fue capaz de escuchar nada más, ni siquiera sus propios gemidos de agonía, una agonía que lo acompañaría por mucho tiempo más.

Entonces, el dolor se detuvo, y se sintió asfixiado mientras una obscuridad absoluta lo envolvía.

Capítulo 2

Una visita por negocios

Hace un año…

Antes de que Erick Farbes comenzara a sentir su horrenda agonía y se arrepintiera de haber cometido el peor error de toda su vida, hubo una historia, donde fue a visitar a un hombre, hacía poco más de un año, pero llegó un momento en que más bien era lo mismo a haber vendido su alma.

El día bien comenzó un poco nublado, la luz era opaca, el sol estaba ahí, pero las nubes grises eran un bloqueo en la trayectoria de sus rayos dorados. Hacía un poco de frío, aunque no era la época del año.

El automóvil hizo un chillido de neumático al detenerse sobre el suelo bañado en pequeñas piedras y tierra roja de la casa de Cab Kassaly, el prestamista del cual nadie se atrevía a hablar o escuchar jamás. Parecía ser el tipo de residencia de las que poseen los señores del cártel o personas metidas en esos asuntos, pero Erick no estaba tan loco ni tan desesperado como para acudir a ellos.

Era una casa aislada, en medio del bosque, pero un amplio terreno libre de árboles la rodeaba, y donde comenzaba la puerta, un fino sendero de piedras estaba formando un camino, que fue justo el que siguió el vehículo.

Iba en el asiento trasero de un Ford negro último modelo, acompañado de la gente de Kassaly. Un fortachón con la cabeza rapada, bastante alto y con una barba muy crecida y bien cuidada color marrón estaba sentado en el asiento del conductor con las manos sobre el volante, como si quisiera dar a entender que su rutina de trabajo ya hubiera terminado desde que se estacionó frente a aquella casa; era un tipo con sobrepeso y el cuello lo tenía inflado de grasa. Vestía un elegante traje morado, camisa negra, y corbata naranja. El que iba de copiloto era más pequeño, pero definitivamente era mucho más alto que Erick. Era un tipo difícil con el cual ya había tratado una o dos veces desde que entró en la jugada de los prestamistas; sus implacables ojos negros parecían agujeros sin fondo que te conducían directo al infierno si lo mirabas mucho tiempo. Tenía la barbilla partida y una mandíbula fuerte y firme, lo que daba la impresión de que no era alguien que conviniera hacer enojar. Los rasgos de su cara eran muy definidos, como si fuera el boceto de un dibujo realista muy bien realizado; era de tez caucásica. Por el contrario que el chofer del Ford, el copiloto tenía una cabellera larga que desplegaba mechones negros y brillantes, a excepción de un mechón corto pintado de blanco; sus cabellos le llegaban hasta donde terminaba su cuello y empezaban sus

hombros, pero había un espacio considerable del lado de las orejas. Era alguien bastante fornido, pero su gabardina café no permitía que se apreciara su musculosa figura. Llevaba guantes negros de cuero.

A lado de Erick estaba una mujer muy guapa que no debía tener menos de veinticinco años, de tez morena, cabello café corto y unos hermosos labios pintados de rojo escarlata. Usaba tacones negros y tenía uñas postizas en sus dedos. Su atuendo de trabajo hacía un bulto considerable en su pecho, lo que le indicaba a Erick que era una mujer de busto grande.

También la había visto en ocasiones anteriores; la conoció casi al mismo tiempo que al tipo del mechón blanco. No se caracterizaba por su belleza pura ni por ningún rasgo físico en general, quizá se lucía por medio de ellos, pero no eran sus estándares. Lo que la identificaba mucho era que siempre llevaba con ella una libreta profesional de pasta dura color azul de hojas rayadas que se arrancaban fácilmente de un simple tirón.

El tipo de mechón blanco le dirigió una mirada morbosa y llena de lujuria junto con una sonrisa que se interpretaba como si estuviera pensando en algo sucio.

-Deja de verme así, “Zorrillo” – le dijo ella con un tono de voz severo y duro – Sabes que no me gusta.

El tipo al que se refirió como ““Zorrillo”” mostró los dientes en esa sonrisa suya y soltó una burlona carcajada que a la mujer no le hizo ni pizca de gracia.

-¿Por qué no, Candy?

Candy. Su nombre era Candy. A Erick le pareció un nombre precioso, tal y como la que lo poseía. En verdad le molestaba que aquel idiota al que le decían “Zorrillo” se estuviera luciendo con ella, pero no iba a decirle nada.

-No me gusta que locos como tú me estén viendo con esas miradas lascivas.

-Te encanta que te mire así y lo sabes.

Erick se sorprendió de lo rasposa y dura que era la voz del tipo de mechón blanco. Le recordaba a las caricaturas antiguas que solía ver con su papá cuando era niño.

-Ya quisieras, “Zorrillo”.

-Créeme que sí lo quiero.

-¡Consigan un cuarto, demonios! – Gruñó el tipo robusto que iba de chofer. Su voz era casi tan atemorizante como la de su copiloto, pero por alguna extraña razón, se oía un poco más calmada y serena.

"Zorrillo" miró al hombre a su lado por un momento y luego volvió a clavar su mirada en las piernas de la bella chica, cuyo nombre Erick jamás olvidaría.

A Candy, quien prefirió ignorar las insinuaciones de aquel idiota, que ya comenzaba a caerle mal a Erick, y continuar con su trabajo. Abrió su libreta y sacó un bolígrafo rojo, lista para anotar.

Se dirigió a Erick.

-Dígame, señor – su voz sonó más tierna y dulce de lo que lo fue hacía apenas unos momentos – ¿Cuál es su nombre completo?

Erick vaciló como un niño que no sabe la tabla del dos y la tiene que copiar diez veces en el pizarrón. Fue en ese momento que demostró su excepcional nerviosismo. Tartamudeó un par de veces, lo que causó que el chofer obeso y Cabeza de "Zorrillo" se partieran a carcajadas. De seguro pensaban que era débil y de poco carácter, y lo más probable era que no se equivocaran. Erick no pudo evitar sentirse avergonzado, sin embargo, Candy se limitó a repetir la pregunta.

-Me llamó Erick… Erick E-Erick… Farbes- …Farbes.

Candy frunció el entrecejo, sonriendo amablemente. Se mostró un poco confusa mientras los sujetos de la parte de adelante seguían riendo.

-Disculpa, no te entendí muy bien. Eres Erick, ¿cierto? – Él asintió lentamente –. De acuerdo, repíteme tu apellido, por favor.

Él obedeció. Candy dirigió la mirada a su libreta y anotó el nombre.

-Dime tu edad.

Erick trago saliva.

-Veinticuatro.

-¿En serio? – Por un momento adquirió un matiz más alegre que antes, como de sorpresa –. Eres de mi edad. Somos contemporáneos.

Aquel comentario dibujó una leve sonrisa en el rostro de Erick, quien

comenzaba a sentir retorcijones en el estómago.

Se le congeló el alma cuando se dio cuenta que el tipo del mechón blanco lo estaba mirando de tal forma que sus ojos eran como pistolas con el dedo en el gatillo. No estaba para nada contento con lo que le había dicho Candy, eso se notaba.

Ella analizó a Erick lentamente e hizo varias anotaciones. Cuando terminó, le preguntó:

-¿Cuál es tu asunto aquí?, ¿deudas o negocios?

Erick analizó la pregunta con delicadeza. Ambas eran las razones por las cuales estaba donde estaba, pero no podía decir las dos, de lo contrario se lo comerían vivo, aunque de cualquier manera, era más por una causa que por otra. Contestó titubeando un poco.

-Negocios.

-¿Proyectos a corto, mediano o largo plazo?

También dudó un par de minutos en contestar esa cuestión. La verdad es que no estaba seguro. Es decir, definitivamente no era algo a corto plazo, a mediano quizá, pero nunca a corto plazo, y sin embargo no se atrevía a decir a mediano plazo.

-A largo plazo.

Ella lo apuntó.

“Zorrillo” continuaba mirándolo, pero ahora su mirada ya no traía lujuria, sino más bien malicia.

Candy le hizo más preguntas luego de un rato: qué pretendía hacer, cuánto tiempo creía tardar, dirección, teléfono, código postal, correo electrónico, familiares cercanos, trabajo si es que tenía, y ese tipo de cosas.

Una vez finalizada la entrevista, Candy arrancó la hoja y se la entregó a “Zorrillo”, quien la arrebató de su fina y suave mano.

-Ya sabes qué hacer, “Zorrillo”. Ahora llévalo con el Jefe.

“Zorrillo” dobló la hoja a la mitad y salió del auto. Erick se mantuvo inmóvil, sin saber qué hacer o qué no hacer, después de que Candy entregara la hoja dejó de prestar atención. Escuchó un golpeteo en su ventanilla y vio a “Zorrillo” a través de ella con un tono de desesperación y molestia, abrió la puerta de Erick, pero éste sólo se quedó sentado,

sintiendo como si usara zapatos de plomo.

-¿Qué acaso quieres que te cargue? – Preguntó, irritado – ¡Bájate del maldito auto!

Erick obedeció al instante.

"Zorrillo" caminaba por delante de Erick, quien no podía dar dos pasos sin sentir que iba a orinarse encima. El contundente sonido de unos latidos cortos y rápidos llegó a sus oídos y entonces se dio cuenta de que eran suyos, tan fuertes que daba la impresión de que "Zorrillo" podía oírlos también. Su estómago no dejaba de darle vueltas y su mente le repetía una y otra vez que estaba cometiendo un terrible error. Sin embargo, él bien sabía que ya no estaba para darse el lujo de creer que tenía más opciones, y si las tenía, no poseía el suficiente tiempo para ver cuáles eran, ni contemplar que otras salidas le quedaban.

Alzó la cabeza y contempló un cielo gris y triste, augurando que descargaría su ira sobre la tierra con una fuerte tormenta. El sol estaba oculto detrás del manto de nubes; una bandada de pájaros sobrevoló la casa de Kassaly a lo lejos y parecía que vacilaron antes de posarse sobre su techo, pues apenas rodearon la residencia continuaron su camino aleteando con velocidad, como si supieran que esa zona era mejor no molestarla, como si presintieran algo diabólico detrás de las paredes de esa casa y se dieron cuenta a tiempo antes de condenar su alma.

A Erick le hubiera gustado ser parte de esa bandada de aves.

Mientras caminaba, una fresca y suave brisa le acarició el rostro, limpiando un poco su mente de tantos pensamientos tan poco positivos, pero no del todo. Su corazón seguía latiendo con fuerza y su nerviosismo aumentaba. No podía evitar pensar que tal vez sí estuviera cometiendo un error que lo más seguro es que ya no tenga solución después, pero era demasiado tarde como para dar marcha atrás.

-¡Camina más rápido! – Gritó "Zorrillo", quien apretaba con fuerza la hoja que Candy le había dado.

Erick no se percató de que se había atrasado mucho desde que admiró a las aves huyendo despavoridas del techo de la casa; "Zorrillo" estaba a veinte pasos por delante de él, y sus ojos, incluso a esa distancia, seguían siendo tan amenazantes como antes, aquellas lanzas filosas y

penetrantes.

¿Qué clase de hombre posee ojos así?, pensó, moviéndose con la mayor rapidez que le brindaba su cuerpo.

Una vez que alcanzó al hombre que lo escoltaba, continuaron el paso. Erick giró la cabeza sin detener las piernas para ver el automóvil donde aguardaban Candy y el chofer obeso.

No se había movido.

El conductor seguía con los antebrazos recargados sobre el volante y los dedos entrelazados, y Candy estaba viendo que Erick y "Zorrillo" llegaran a la residencia.

Cuando Erick regresó la mirada al camino de tierra y piedras, sus ojos se levantaron y contemplaron una enorme puerta de madera con figuras finamente talladas en ella. Era impresionante el realismo y la delicadeza con la que los detalles, incluso los más insignificantes, estaban representados en aquel pedazo de madera. Había bellos ángeles flotando en las nubes, que sostenían un imponente castillo medieval sobre ellas; hermosas palomas con las alas extendidas ascendían hasta el castillo rodeado de tiaras y de aquellos ángeles custodiándolo.

Era un tallado maravilloso y Erick no pudo evitar sonreír.

-Es hermoso, ¿cierto? – Preguntó "Zorrillo".

Erick lo miró deshaciendo su sonrisa y asintiendo.

-Sí – dijo, pasivamente –, sí lo es.

El de mechón blanco soltó una leve y fugaz risa que más bien pareció un suspiro.

-Siempre pregunto eso a todos los que vienen por primera vez y siempre me responden lo que tú. No lo harían si supieran la historia detrás de este tallado.

-¿Cuál es su historia? – Preguntó con curiosidad absoluta.

-Primero ve el otro lado y luego te contaré.

"Zorrillo" introdujo la mano izquierda en el bolsillo de su gabardina y sustrajo un gran manojo de llaves pequeñas que se sostenían alrededor de un aro metálico chico. Sin posar la vista en ellas, recorrió con los dedos aquella colección y seleccionó la llave más pequeña de todas, seguidamente la introdujo en la cerradura, que era de un dorado brillante,

pero sin diseño artístico alguno. Hizo girar el picaporte y de un leve empujón la puerta de abrió lentamente hacia adentro.

-Pasa – dijo “Zorrillo” extendiendo la mano al interior de la residencia como si fuera a presentar la octava maravilla del mundo.

Erick carraspeó un par de veces antes de siquiera pensar en moverse. Obligó a sus pies a caminar en pasos lentos y cortos, pero pareciera que estuvieran adheridos al piso. Levantó el pie izquierdo y lo posó sobre el único escalón, para ya después adentrarse profundamente en el territorio de la bestia.

El territorio de la bestia, pensó, el título me gusta; puede funcionar para mi novela.

Una vez adentro, un olor a incienso y tabaco invadió su olfato, resultándole un poco desagradable; era un olor penetrante y no pudo evitar arrugar la nariz al sentirlo en la fosas.

-Te acostumbras a ese olor – presumió “Zorrillo”, quien cerró la puerta.

Cuando estuvo cerrada, Erick le dirigió la mirada a la contraparte de la puerta; al hacerlo, toda la belleza y esplendor que había sentido hacia apenas unos momentos desapareció con la misma facilidad con la que llegó la primera vez. No le podía caber en la cabeza que algo tan hermoso a la vez fuera tan cruel y triste.

“Zorrillo” aún mantenía aquella sonrisa maliciosa mientras miraba la cara de Erick contraerse un poco ante lo que se hallaba viendo.

Por el contrario de la parte de afuera de la puerta, la parte de adentro se caracterizaba por contener un panorama más sombrío y miserable; ahora, en lugar de palomas ascendiendo, unos murciélagos monstruosos ascendían a un infernal paraíso sobre unas rocosas montañas picudas prendidas en llamas; en el centro del tallado, una mujer agonizante y con las partes íntimas expuestas estaba siendo despojada de sus ropas por dos deformes y lujuriosos demonios íncubos babeando y con los penes erectos; uno de ellos lo tenía enorme y con él violaba a la mujer gritando, mientras el otro estaba listo para unirse a la fiesta.

Era un alivio que aquella imagen no estuviera pintada. Los detalles estaban tallados a la perfección, desgraciadamente, y era imposible no contemplar los detalles más desagradables.

Erick no pudo evitar imaginarse el tallado a color, pero la imagen se le antojó chocante y desagradable a la vista.

-Posee una historia interesante, ¿sabes? – Alegó “Zorrillo”.

-¿Cuál es? – Preguntó Erick al filo de volverse loco.

-Se dice que poco tiempo después de que Herman El Recluso terminara el Codex Gidas con ayuda de nuestro buen amigo de ahí abajo, en Chrudim, centro de lo que hoy es República Checa, una entidad… ¿cómo se le podría decir?, oscura… descendió sobre el monasterio que poseía la tan sagrada Biblia del Diablo. Hasta esos tiempos era considerada como la Octava Maravilla del Mundo, tomando en cuenta que fue escrita en una sola noche, acción imposible para cualquier ser humano, sin mencionar la extensión de más de seiscientas páginas y el peso de setenta y cinco kilogramos. Cualquier persona es capaz de hacer algo así, quizás en unos nueve o diez años, pero que alguien haya sido capaz de acabarlo en una sola noche, con cinco colores distintos de tintas, ¡Uff! Parece irreal, ¿cierto?

Erick asintió con la cabeza.

-Bueno – continuó “Zorrillo” – al poco tiempo de que se escribiera tan majestuoso libro, aquella entidad maliciosa y extraña se propagó en poco tiempo. Nadie sabía qué era o por qué sucedía, nadie se dio cuenta exactamente de cuándo comenzó o si terminaría. Sólo se sabe que durante los últimos años que la Biblia se resguardaba en Podlažice, el odio y la antipatía reinaban el monasterio, los protocolos sagrados dejaban de llevarse a cabo y las misas del diario pronto fueron olvidándose. El poder y la gracia de Dios se perdían a una velocidad increíble, y lo peor de todo es que nadie parecía darse cuenta. Poco después, la conducta de los monjes fue llevada al extremo; dos de ellos discutieron sobre trivialidades, cosas mundanas de total carencia de valor; en fin, el punto es que uno de ellos, tomó un candelabro y mató a golpes al otro.

Erick mantenía el ceño fruncido. Estaba fascinado y al mismo tiempo horrorizado por la historia.

-El acto fue visto como algo relacionado con fuerzas demoniacas, y el monje asesino fue sentenciado a muerte por su cruel y sanguinaria acción, y, durante su estancia en la celda del monasterio, acompañado únicamente por la oscuridad, los muros de piedra y el chillido de las ratas, decidió hacer un pacto con el diablo, un acto que le conllevaría consecuencias muy malas.

-¿Como qué consecuencias? – preguntó Erick, considerando tomar el material que se le brindaba para un nuevo libro.

-El monje sabía que sería condenado y ejecutado la mañana siguiente, y su pacto infernal tenía un precio. Era necesario que tallara en madera lo

que en verdad sucede cuando tu alma se separa de tu cuerpo.

>Como última voluntad, pidió que le entregasen un pedazo de madera, uno grande, fuerte, resistente; junto con un cincel, explicando que, antes de morir, entregaría al monasterio una obra que iba a representar la pureza de Dios y su infinito poder.

>Los monjes accedieron y cumplieron sus exigencias, sin tomar en cuenta lo que eso significaría<

"Zorrillo" se calló y señaló a la puerta de entrada, dándole a entender a Erick algo.

-¿Ese monje condenado por asesinato…? - Preguntó –… ¿fue él quien lo talló?

"Zorrillo" asintió.

-Ese tallado es considerado la obra más blasfema que haya sido creada jamás, e, irónicamente, es una de las obras más bellas que han sido talladas en madera.

-Pero, ¿qué significa?

Mechón Blanco soltó una leve risa.

-Su significado es simple. El lado que da para fuera es tan hermoso y te pinta un panorama deseable y embriagadoramente atractivo porque es lo que la gente cree, o, al menos lo que quiere creer, cuando todavía se haya aquí,, en la tierra; que después de la vida le espera algo mejor y más maravilloso. Por eso la gente se esfuerza por ser tan buena, por eso todos rezamos antes de dormir o cuando nos despertamos, por eso vamos a la iglesia y nos hacemos llamar hijos de Dios; para que al final de la larga jornada conocida como vida, Dios nos permita entrar a su milagroso paraíso.

>Sin embargo, con el lado contrario de la puerta, el monje sólo trazó lo que Satanás le susurraba al oído, que muchos satanistas hasta hoy en día consideran un axioma sin precedentes<.

-Y, ¿qué sería eso?

Erick no pudo evitar mostrarse curioso, ¡vaya! Hasta su nerviosismo había desaparecido, al menos por un momento.

"Zorrillo" continuó.

-Que, al final, no importa que tan bueno o que tan malo fuiste; tanto si eras un papá bondadoso como un abusador de niños, tanto si fuiste un hombre sensato como un asesino serial, tanto si fuiste un esposo fiel y cariñoso como un violador y torturador de mujeres; no importa. Al final de la cuenta, todo se reduce a – volvió a señalar la parte obscura de la puerta – esto.

-¿Eso fue lo que dijo el monje?

-No. Ya no pudo decir nada. Lo encontraron al día siguiente con el cincel clavado en la garganta. Poco tiempo después el tallado se envió lejos del monasterio y la Biblia del Diablo fue vendida para pagar los problemas económicos que había estado padeciendo el monasterio durante los últimos años.

>Poco tiempo después, todo volvió a ser tal y como era antes. <

Erick cerró la boca y dirigió la mirada de sus ojos cafés a la parte más desagradable del tallado. Quizá no había tenido en cuenta del todo la historia de aquella pieza tan fina y macabra, pero ahora que ya contaba con información actualizada, algo nuevo se había integrado a su mente y le daba inspiración para iniciar nuevos proyectos. Sin embargo, no por eso estaba menos aterrado por el relato que acababa de oír.

Un buen escritor siempre aprovecha el material que se le brinda, pensó, voluntaria o involuntariamente.

-¿Sabes? Creo que nos entretuvimos mucho tiempo con esta historia tan linda. Será mejor que prosigamos antes que el señor Kassaly se enoje.

“Zorrillo” continuó su paso a través de un amplio y largo pasillo con muros y piso aterciopelados cubiertos de un rojo sangre muy brillante. Erick siguió a su guía por el mismo pasillo, que desde la entrada parecía un túnel sin fondo que llevaba exactamente a ninguna parte, o a un peor lugar, pero de seguro era un efecto óptico generado por la amplitud del pasillo y la psicosis que le producía estar en una residencia como aquella, que únicamente había tenido la oportunidad de admirar en películas; películas de terror por lo general.

En los suaves y enrojecidos muros, no se lucía una sola pintura, ni un solo cuadro, ni nada que se exhibiese como la puerta de entrada. Únicamente estaba siendo iluminado por pares de lámparas que iban en fila hasta el final del pasillo, lámparas que se hallaban en el piso y en el techo.

Sin embargo, a pesar de que su camino estaba lleno de luz, se sentía totalmente hundido en la obscuridad.

Al final del pasillo había una puerta, una puerta totalmente simple y sin chiste. Una puerta común y corriente. “Zorrillo” se detuvo frente a ella y volvió a sustraer de su gabardina el manojo de llaves que lo hacían lucir como todo un carcelero. Erick no se fijó en qué llave fue la que agarró, pero sí se fijó en que el pasillo se veía más grande desde este extremo que desde la entrada. Casi parecía que se movía y que giraba sobre sí, como la garganta de una bestia hambrienta.

El sonido del cerrojo abriéndose hizo que devolviera la vista a la puerta delante de él, la cual “Zorrillo” había abierto de la misma manera que la primera.

-Estoy seguro de que esto resultará una experiencia muy extraña para ti.

Erick entornó los ojos al portal, sus pies parecían estar hechos de plomo una vez más y el mundo se quedó totalmente sordo.

-Soy alguien de muy poca paciencia, así que te suplicaría que entraras de una maldita vez – aclaró “Zorrillo” conteniendo las ganas de soltar a gritos todo lo que pensaba de Erick en aquellos momentos tan frágiles e incómodos.

Éste hizo caso ya sin vacilar y pasó un pie del otro lado del portal, sintiendo como si su alma estuviera saliéndosele del cuerpo.

Ningún lugar, ni ninguna otra ocasión habían hecho que Erick, un simple e insignificante aspirante a escritor con ideas locas y poco desarrolladas, se sintiera tal y como se estaba sintiendo. Como un insecto.

Algo tenía esa tan extraña y poco visitada casa que él era demasiado tonto para comprenderlo, algo se ocultaba en su interior causándole un aceleramiento en el corazón tan fuerte como para que se escuche hasta Kansas.

Del otro lado del portal, el olor a tabaco era más fuerte, mucho más desagradable. Tuvo que taparse la nariz con la manga de la muñeca para impedir que sus fosas nasales se quemaran, pero era demasiado penetrante el aroma. Un fuerte aire frío azotó su cara cuando se halló adentro, y casi se le congela el cuerpo.

Era una especie de infierno gélido.

Del otro lado, había una sala común demasiado grande, más grande que cualquier sala común que hubiera visto nunca. Había sillones y sofás, los cuales eran de una capacidad de hasta seis personas; estaban sistemáticamente ordenados, uno frente a otro, sillón frente a sillón, sofá frente a sofá, y en medio de ese orden de muebles tan finos, una mesa de cristal de corta altura pero de gran tamaño y poseía una forma

rectangular. El cristal era transparente, aunque se podía apreciar el reflejo del contra-mundo, Erick lo verificó al admirarse a sí mismo frente a la mesa. No pudo resistirse a tocar los muebles, que eran totalmente suaves y se veían cómodos en gran medida, lo que le produjo ganas de sentarse en ellos, pero prefirió no hacerlo.

Los ventanales eran inmensos, los cristales tenían en ellos formas humanas rezando a santos que Erick no conocía; los colores eran vivos y brillantes y al ser atravesados por la luz del sol su belleza se intensificaba.

Unos inmensos libreros que abarcaban casi del piso al techo lucían en los espacios que separaban unas ventanas de otras, y libros de diversos tamaños llenaban hasta el tope todos y cada uno de los libreros.

Al final, unas escaleras de mármol ascendían hasta la base de un segundo piso con una puerta en medio. El primer escalón estaba acompañado por pilares de mármol negro que estaban levantados de lado a lado.

Erick analizó una vez más antes de comparar aquel lugar con una casa, y entonces se dio cuenta de que más bien se asemejaba a un centro de reunión social; sin mencionar que era más grande por dentro de lo que parecía serlo por fuera.

El aire frío le hacía temblar el cuerpo junto con los nervios que le habían vuelto y el penetrante olor a tabaco lo embriagaba. Casi le daban ganas de vomitar. Kassaly tenía demasiado dinero para ser un simple prestamista; es decir, si podía pagar todo eso, incluyendo un tallado blasfemo como puerta de entrada (que sólo Dios sepa dónde lo consiguió y cuánto le costó), ¿qué cosa no podría pagar?

El negocio del prestamismo era un terreno totalmente desconocido para Erick, y no tenía ni idea de cuánto ganaba alguien que estuviera metido en ello. Alguna vez escuchó de gente y cruzó un par de palabras con ellas, enterándose de que un prestamista, un buen prestamista, ganaba hasta 100 mil dólares al mes, pero Kassaly no se oía como un buen prestamista, sino más bien como todo un maldito profesional dedicado a la causa.

Se sentía como una mosca atrapada en la tela de una araña hambrienta. Estaba temblando y no era por el frío.

De hecho, no había ductos de ventilación ni aire acondicionado.

¿De dónde salía el frío?

-El lugar es bonito, ¿cierto? – Preguntó “Zorrillo” –. Al señor Kassaly le

gusta darse lujos muy extravagantes.

Dijo “extravagantes” con mucha sencillez, como si lo dijera con sarcasmo, aunque no tenía por qué afirmarlo de ese modo.

-¿Por qué hay tanto frío? – Preguntó Erick.

La pregunta hizo que “Zorrillo” adquiriera una expresión de ingenuidad (en el sentido de que veía a Erick como a un ingenuo retrasado). No la comprendió realmente, por lo que aclaró:

-¿Cómo que frío? No hace frío.

Erick frunció el entrecejo y miró a “Zorrillo”, extrañado ante su afirmación. Los testículos se le estaban congelando, y tenía erizada toda la piel. No era posible que no lo sintiera; incluso su aliento podía verse cada vez que respiraba.

-¿No lo sientes?

-No. Ahora, subamos.

La oficina de Kassaly poseía una decoración muy poco ortodoxa, como sacada de una novela de Stephen King, el escritor favorito de Erick. Era amplia y espaciosa; el piso era de azulejos marrones que tenían grabado el número 666 envueltos en llamas, y los muros estaban pintados de un verde pálido al cual se le notaban mucho las marcas de brocha, lo que le daba a la oficina un toque extrañamente tétrico; pinturas abstractas y poco bellas se exhibían en cuadros colgados en las paredes, pinturas que Erick jamás gozaría de tener, como la que estaba pegada a la puerta, que era una muy buena imitación de El Grito, sólo que ésta gozaba de tonos rojos, azules, negros y morados, y el sujeto amorfo gritando, de lo que bien podría ser sorpresa, felicidad o agonía, lloraba sangre y parecía que más bien suplicaba piedad; y cada imagen que Erick veía era más cruel y perturbadora que la anterior. Entonces comprendió que Cab Kassaly tenía un retorcido gusto para las decoraciones. Definitivamente, nadie aceptaría sus servicios como decorador a excepción de algún miembro de una sociedad gótica o satanista.

El techo estaba cubierto en su totalidad por un espejo brillante, que aumentaba un poco los reflejos de las cosas. El olor a tabaco estaba en su punto más alto. El intenso clima frío seguía presente. Cada vez se sentía más dentro de la boca del lobo.

No había ventanas.

Sólo un escritorio de roble con una computadora y un cenicero de cristal encima resguardaba la figura imponente de un hombre que, incluso sentado, se veía muy, muy alto; los rasgos de su cara eran casi tan marcados como los de "Zorrillo", pero el hombre detrás del escritorio tenía mejor pinta que ese pobre imbécil que no parecía comprender que Candy no le iba a hacer caso nunca. Su cabello era negro, largo, similar al del Conde Drácula intentando conquistar a la joven e inocente Mina Harker; una barba bien cuidada y elegante cubría desde su labio superior y rodeaba la boca de una forma simétrica. Su rostro lucía una tez caucásica lisa, clara, impecable; su piel brillaba un poco con la luz, no poseía una sola arruga ni una sola peca y ni un solo barro o imperfección. Era mucho más joven de lo que Erick pensaba, cerca de los veinticinco años; casi un jovencito. Lucía un fino traje negro sobre una camisa violeta con rayas. Un puro a medio consumir (cubano, de seguro), estaba siendo sostenido por sus largos y gruesos dedos de su mano izquierda; unas cuantas cenizas cayeron dentro del pequeño recipiente de cristal ubicado a lado del monitor. En la otra mano sostenía un libro, al cual no le separaba la mirada ni siquiera estando Erick o "Zorrillo" ahí presentes. El libro era grande, cubierto por una pasta dura que tenía grabadas en letras doradas un título que decía: DRÁCULA DE BRAM STOKER.

Erick no creía en realidad que ese hombre, ese individuo ahí sentado mientras fumaba y se deleitaba con una enriquecedora y dramática historia sobre amor y vampirismo, fuera alguien tan temido. Incluso, quizá no era Cab Kassaly quien se hallaba ahí sentado; podría ser su hijo o su hermano, o algún sobrino aprovechándose de las cosas de su tío.

Debido al espejo en el techo, Erick pudo ver que llevaba unos pantalones y zapatos negros, y que tenía la pierna derecha sobre la izquierda, que estaba apoyada con el talón en el piso.

Parecía no darse cuenta aún de la presencia de Erick en el cuarto al que le decían "oficina", ni siquiera de la de "Zorrillo"; quizá era porque estaba muy metido en la novela o solamente ignoraba que ya no estaba solo ahí adentro.

"Zorrillo" se separó de la puerta y se aproximó hacia su jefe.

-Espera aquí parado – le dijo a Erick –. No te muevas de donde estás a menos que él te lo diga.

Erick asintió un poco desconcertado. La serenidad del tipo detrás del escritorio le resultaba poco natural, incluso para un hombre como él. Mechón Blanco se aproximó con lentitud, pero se mantuvo del otro lado

del escritorio.

-Señor Kassaly – dijo “Zorrillo”, presentando un respeto absoluto ante su jefe de un modo que Erick jamás había visto o usado.

Cab Kassaly giró la cabeza para mirar a quien le hablaba, pero su cuerpo se mantuvo en la misma posición, como un autómata recién iniciado, con una mirada severa, dura y fría. Fue la primera vez que Erick pudo apreciar sus ojos verdes, unos ojos que indicaban maldad, soberbia, fuerza, y topo tipo de cosas atemorizantes. Unos ojos que superaban los vacíos oscuros de “Zorrillo”.

-Estoy en la mejor parte – dijo el hombre detrás del escritorio. Su voz era muy serena, extremadamente calmada; pero al mismo tiempo parecía estar cargada con reproche y furia contenidos – ¿Qué quieres?

“Zorrillo” no dijo nada y en su lugar giró la cabeza en dirección a Erick para señalar el lugar en el que estaba.

-Es el sujeto del que le comenté – le especificó. Seguidamente, le extendió la hoja doblada a Kassaly, quien la tomó con delicadeza, adhiriendo su mirada a ella.

Erick en verdad no acababa de comprender que el sujeto que estaba viendo leer una novela de Drácula, fuera Cabel Kassaly, el temido prestamista y filántropo. Su aspecto no era el que uno se imagina la primera vez que escucha hablar de él, aunque quizá se debía a que Erick estaba muy acostumbrado a los estereotipos que dejan las películas de gánsteres o las de terror (de las cuales era un gran fanático), o quizá había leído demasiados libros de Stephen King y en su mente sólo surgían imágenes que se imaginó cuando sus ojos grabaron las letras en las páginas.

De cualquier manera, lo que él creyera carecía de total importancia. Cab Kassaly estaba ahí; era el hombre que se hallaba detrás del escritorio. Esa era la verdad.

No desdobló la hoja inmediatamente. Cerró el libro de tal manera que pareciera que su vida dependiera de que lo cerrara con cariño; colocó una pluma, de pavo real quizá, que lucía tonos azules y verdes muy brillantes, la puso en medio del libro, para que no se le perdiera la página.

Asentó el libro de tapa dura sobre el escritorio y se levantó de su asiento, ajustándose el saco. Luego le dirigió la mirada a Erick, quien no pudo evitar sentir como si un cuchillo se le clavara en el pecho.

Kassaly se aproximó a él con lentitud, con todo el tiempo del mundo guardado en su bolsillo. Abrió la hoja y le dio una rápida leída antes de

volver a ver a su invitado y futuro cliente.

-¿Así que te llamas Erick, eh? – Dijo Cab, volviendo a doblar la hoja – Es un nombre poco común por aquí. No recuerdo que ninguno de mis clientes anteriores se llamara Erick, pero quizá mi mente divague un poco.

-Es un nombre común, en realidad – indicó Erick, pero se arrepintió al instante de haberlo hecho, porque, si bien, no iba a corregir al anfitrión en su propia casa, y menos con alguien como "Zorrillo" presente.

-Todos los nombres son comunes hoy en día, ¿sabes?

Kassaly agudizó su vista y aproximó el rostro hasta quedar frente a frente al de Erick. Lo recorrió de arriba abajo, de pies a cabeza, pero se concentró más que nada en su cara. Erick no comprendía lo que estaba haciendo, pero comenzaba a sentirse acosado, sobretodo porque, aquella aterrorizante mirada, estaba más cerca de lo que él era capaz de aguantar.

-¿Qué está haciendo? – Preguntó Erick, asustado.

Kassaly inhaló profundamente antes de contestar:

-Nombres hay muchos, y todos se repiten – su voz adquirió un tono más lúgubre –. Pero los rostros son únicos. Siempre me memorizó las facciones de todos los que vienen a solicitar mis servicios. Eres alguien joven por lo que ahora no debo memorizar mucho.

Era extraño lo que estaba escuchando, pero no iba a decir nada. "Zorrillo" estaba junto al escritorio, con las manos en la espalda y sus labios formaban una sonrisa arrogante y burlona. Con Kassaly a su lado, la mirada asesina de "Zorrillo" era igual a la de un perro suplicando.

Cab Kassaly volvió a abrir la hoja para ver su contenido de nuevo. Hizo una cara de satisfacción y luego miró a Erick.

-Así que un proyecto a largo plazo, ¿Ya tienes algún negocio en mente?

Erick asintió antes de contestar.

-Sí. Me gustaría poner una tienda de artesanías.

-¿Artesanías? – Preguntó Kassaly con tono de extrañeza – Nunca antes había estado en un negocio como ese. Por lo general, los tipos que vienen a pedirme dinero tienen ideas un poco más trilladas, clichés. Quieren poner burdeles, bares, clubes de striptease, licorerías – Se detuvo un momento –. Tú sabes. Todo lo que vende hoy en día. Y bueno, no quiero decir que todos mis clientes piensan en eso. Muchos lo hacen para poner

tiendas de alimentos o cosas más sencillas. Más nunca me he enterado de alguien que tenga una idea como la tuya. Eres original, chico.

Tomó eso como un halago y lo agradeció. Kassaly seguía hablando.

-Dime una cosa, ¿has hecho esto antes?

-Jamás.

-Me lo imaginaba – Kassaly dio media vuelta y se aproximó a su escritorio para sentarse encima de él.

"Zorrillo" no dejó de mirar a Erick.

-Quiero que te enteres de algo ahora – continuó Cab –. Este negocio es un negocio que manejo muy bien. Mucho mejor que otra gente me gusta decir. No te espantes, soy y a la vez no soy como cualquier otro prestamista que hayas visto. Supongo que jamás acudiste con un prestamista, ¿cierto?

Erick negó con la cabeza.

-Bien. Te daré un curso rápido, sencillo y gratuito. En mi profesión, al menos cómo yo la manejo, mi mecánica, ¡la mía!, es la siguiente: tú acudes a mí, y me pides tal cantidad de dinero, y si está en mis posibilidades conseguir esa cantidad, te la doy. Claro, no voy a repartir dinero a lo estúpido. Primero debo asegurarme que, al confiarte parte de mi apoyo económico, me retribuyas. Me debo cerciorar de que tengas un plan para devolverme lo que te estoy prestando más los intereses, porque yo tengo que ganar más de lo que invertí en lo que sea que hayas planeado hacer – cada palabra que soltaba Kassaly resultaba interesante y al mismo tiempo aterradora. Erick en verdad esperaba que no hubiera sido una mala idea – Luego, si considero que vale la pena, me arriesgo.

>>Te doy un límite de tiempo; qué tan largo o qué tan corto sea depende de cuánto me hayas pedido y qué clase de ideas tengas en mente para aprovechar el dinero.

>>Ahora, los prestamistas tienen ideales y métodos distintos. Yo soy alguien muy accesible y muy paciente para tu suerte. De hecho, no soy prestamista de profesión, es un servicio que ofrezco, pero no es que me dedique a ello; por lo que no deberás preocuparte mucho. Antes de continuar me gustaría hacerte una pregunta directa. <<

A Erick se le detuvo el corazón:

-Claro, pregunte.

-Exactamente, ¿cuánto necesitas?

Se mojó los labios y tragó saliva. Las palabras con trabajo le salieron de la boca.

-Cincuenta mil – dijo ya sin rodeos –. Necesito cincuenta mil.

El silencio se hizo presente. Kassaly se quedó pensativo un momento mientras "Zorrillo" ponía una cara de extrañeza intensa al escuchar la cantidad que Erick dijo, y éste, al mismo tiempo se mostraba muy tenso y muy nervioso.

-Es mucho dinero, ¿no te parece? – Preguntó Kassaly en aire de superioridad, pero no señalando que no lo recibiría de su parte. Se cruzó de brazos y puso su pierna encima de la otra, reacomodándose sobre su escritorio.

-Estoy consciente de que la cantidad que pido es algo elevada – aseguró Erick intentando no titubear –. Pero considero que es la necesaria para iniciar con mi plan.

-¿La tienda de artesanías?

-Sí, exacto.

Cab Kassaly sacó su labio inferior exageradamente, una expresión común para señalar que quizá le convenía quizá no, pero Erick sabía que él sólo estaba jugando con su mente.

No puedo esperar otra cosa de un tipo con una mirada como ésa, pensó.

-Te diré algo, mi amigo – dijo Kassaly levantándose de su cómodo escritorio –. Te apoyo.

Los ojos de Erick se pusieron como platos al escuchar eso.

-¿En serio va a darme los cincuenta mil?

-Eso depende. ¿Estás seguro de que puedes volver a juntar esos cincuenta mil para devolvérmelos con todo e intereses?

Erick vaciló antes de asentir.

Cab se acarició su fina barba antes de volver a hablar:

-Pues por mí está bien. Pero déjame dejarte claras unas cuantas cosas antes de que pactemos. Hay tres reglas primordiales para este tipo de tratos; reglas que debes seguir tal cual te las dictan, sin excepciones, sin discusiones.

>>La primera: sólo debes pedir la cantidad que crees necesaria para tus asuntos. Segundo: nunca pidas dinero que no puedas devolver; eso supongo que debes saberlo. Y tercero: siempre paga a tiempo, sin retrasos.

>>Dime, Erick, ¿estás seguro de que cincuenta mil es la cantidad que de verdad necesitas?<<

-Sí – afirmó, pero no estaba seguro en realidad.

-¿Seguro que no estás pidiendo más de lo necesario?

-Sí.

-Bien, Ahora, ¿crees poder devolverme ese dinero con todo e intereses?

Erick vaciló antes de responder.

-Sí.

-De acuerdo, Erick. Ahora presta atención a esto que es importante. Te voy a dar el dinero, tú te vas e inmediatamente estas poniendo en marcha tu plan para aprovecharlo, y en un año, óyelo bien, en un año, me devolverás mi inversión.

Erick no estaba seguro respecto al lapso de tiempo que le estaban dando. Sin embargo, desde otra perspectiva, era algo bastante razonable.

Debes aceptarlo, dijo para sí.

Realmente no estaba del todo convencido. Incluso a mediano plazo un año es una cantidad muy poco favorable de tiempo, aunque cincuenta mil dólares no los obtienes tan fácilmente, y la oportunidad de tenerlos al instante estaba ahí, delante de él.

Cincuenta mil dólares y un año.

Kassaly volvió a hablar:

-¿Qué opinas, Erick?, ¿un año es justo?, ¿estás de acuerdo? – y extendió su mano delante de Erick, quien se quedó contemplándola un tiempo

antes de hacer nada.

No lo hagas, no lo hagas, repetía una y otra vez en su cabeza una vocecita, que parecía ser la única que comprendía el gran error de Erick.

Debo hacerlo, se indicó a sí mismo. Su corazón no dejaba de latir con violencia, y cada minuto que se quedaba ahí parado era una verdadera tortura. Sólo quería que todo se terminara, que se terminara en ese mismo instante, pero por más que le rogaba al cielo no pasaba nada.

La mano de Cab continuaba suspendida en el aire, y los ojos de Erick seguían fijos en ella. Él estiró la suya y antes de hacer el trato, repasó la situación una vez más.

Huye, ¡huye!

No.

Entonces, teniendo la mente todavía nublada por una necesidad incontrolable, tomó la mano de Kassaly; el tipo tenía una piel suave para un varón y no estaba para nada sudada. Erick sintió una especie de electrostática al momento del contacto; producto de su terror creciente.

-Perfecto, Erick. Tenemos un trato.

Kassaly había mandado a “Zorrillo” por el lote. Salió por la puerta y veinte minutos después ya había regresado con un maletín lleno de dinero; bonches de billetes de a veinte que juntos sumaban cincuenta mil dólares. Erick nunca vio tanto dinero en su vida, y tenerlo consigo le producía una sensación parecida a la alegría y a la tranquilidad, e incluso la tensión y los nervios acumulados se calmaron un poco al tener en sus manos toda esa feria.

Cab Kassaly y Erick acordaron ponerse en contacto en un año, y le explicó que los cincuenta mil tenían que devolvérselos obligatoriamente, pero que los intereses sólo se cobrarían si al negocio le iba bien, de lo contrario,

con devolver la inversión era suficiente. Erick no podía creerlo.

-Buena suerte, Erick – dijo el prestamista –. Te veo en un año.

Erick asintió con la cabeza, y cuando se disponía a salir de la oficina, no pudo contener sus ganas de decir:

-Antes de marcharme, Señor Kassaly, quisiera preguntarle algo.

-Claro, dime.

-¿Qué edad tiene?

Cab se encogió de hombros y contestó sin vacile:

-Cuarenta y nueve.

Primero pensó que no escuchó bien, pero al repitir la pregunta y con Kassaly contestándole de nuevo, supo que había escuchado lo que realmente dijo.

¿Cuarenta y nueve?, pensó, sorprendido, parece de veintitantos.

-¿Por qué la pregunta?

-Parece mucho más joven de lo que dice, señor.

-Es algo que escucho seguido. ¿Algo más? – Preguntó, cortante.

Erick negó con la cabeza y se aseguraba de estar sosteniendo el maletín fuertemente, como si al resbalársele de las manos saltara a un vacío del cual nunca lo volvería a ver.

Se despidieron con un saludo cordial y salió de la oficina del prestamista, quien volvió a su lectura.

Una vez fuera de la casa, Erick se sentía totalmente libre y no tan castrado. El aire puro del ambiente le resultó muy placentero cuando tocó sus fosas nasales y lo embargó de vida. Una leve llovizna caía del cielo nublado, tal y como estaba pronosticado: las gotas finas que golpeaban contra Erick eran frías, pero de alguna forma lograban mantenerlo en estado neutro a él y a sus malos pensamientos y emociones. El maletín se empapó por completo a pesar de la caída de agua leve, pero el dinero

estaba a salvo adentro y eso era lo importante.

El automóvil que lo había llevado al lugar seguía ahí, aparcado donde lo dejaron; Candy y el chofer obeso continuaban adentro, en sus mismos lugares, platicando de algo. “Zorrillo” iba delante de Erick, con los dedos entrelazados.

-¿En serio crees poder devolver todo eso? – Preguntó “Zorrillo”, señalando con la mirada el maletín.

-Supongo –afirmó Erick.

-No deberías suponer. Los tipos que vienen pidiendo dinero “suponiendo” que podrán devolverlo terminan muy mal, ¿sabes? Así que te recomendaría que dejaras de suponer co… - “Zorrillo” se detuvo en seco cuando levantó la mirada y vislumbró algo entre la llovizna. Separó sus manos y apretó los puños. Algo lo estaba incomodando. Al frente, un poco más allá del automóvil, se podía distinguir unas siluetas aproximándose; parecían ser formas humanas caminando hacia ellos, eran tres. Erick no los distinguió con claridad aunque la llovizna no era muy fuerte. No se trataba de los pasajeros del automóvil; las tres figuras eran de varones, y eran demasiados delgados para tratarse de la bola de grasa que estaba al volante.

Cuando estuvieron un poco más cerca, el chofer se bajó del auto y le dirigió unas palabras a Candy antes de cerrar de un portazo. Levantó la cabeza y se dio cuenta de que “Zorrillo” estaba ahí, quien aceleró el paso y detuvo en seco a Erick.

-¡Quédate aquí! – Gruñó severamente.

Corrió hasta el chofer y ambos se miraron mutuamente; se veían agitados y muy en guardia. Erick entendió entonces que nada bueno estaba ocurriendo.

Finalmente, las tres siluetas se dejaron ver con claridad bajo las finas gotas de agua. Eran tres hombres jóvenes, rapados y llevaban vestimenta de pandillero, y nada de buena pinta. El de en medio era casi tan alto como “Zorrillo” y sus brazos eran delgados pero fornidos; llevaba un arete de plata en la oreja izquierda y una enorme cicatriz le atravesaba la nariz en forma horizontal perfectamente recta; usaba una chaqueta de tela verde militar, pantalón y tenis. Los otros dos eran un poco más bajos e igual de fornidos que el de en medio, y también estaban vestidos con esa ropa al estilo militar. Uno de ellos tenía una barbita de chivo muy desaliñada. Se veían verdaderamente amenazantes, y por las expresiones de sus rostros no eran para nada amistosos.

“Zorrillo” y el chofer se murmuraron un par de cosas y les dirigieron la mirada a los inesperados visitantes.

-¿Qué demonios quieren aquí, malditos hijos de puta? – Les gritó “Zorrillo”, manteniendo una postura firme, sin mostrar nerviosismo ni nada de lo que Erick estaba sintiendo.

Los tres sujetos de prendas militares se rieron.

-A mí no me insultas, pinche idiota – respondió el tipo de en medio, quien parecía ser el líder del trío.

-Te hice una pregunta, ¿qué quieres aquí? – Volvió a decir “Zorrillo”.

Al poco rato, Erick se hallaba contemplando una pelea verbal con todo tipo de insultos y demás maldiciones, muchas de ellas de una jerga que no era la suya, pero sabía que eran palabrotas. Procuró quedarse detrás del auto; de esa manera, si empezaban las confrontaciones físicas, estaría fuera de peligro.

El chofer obeso les hizo una seña obscena con el dedo; el de la barba de chivo sacó un fierro que llevaba oculto en la manga de la chaqueta y soltó el primer golpe, que le llegó de lleno en pleno rostro al chofer. “Zorrillo” vio la acción y luego se dio cuenta de que el líder ahora sostenía una navaja en la mano derecha, con la cual atacó. Erick esperaba que el filo del arma lo atravesara, pero antes de que siquiera tocara su ropa, “Zorrillo” detuvo la mano del líder y le arrebató la navaja; la tiró al piso, de paso hizo lo mismo con su dueño, cuyo brazo todavía estaba en manos de “Zorrillo”, quien le metió dos golpes rectos justo en el rostro, lo tomó del cuello y luego lo azotó contra el suelo para darle una patada en la nuca. El tercero, se abalanzó sobre “Zorrillo” con otra navaja, pero éste esquivó el ataque y dirigió un fuerte rodillazo al estómago de aquel imbécil, dejándolo sin aire y retorciéndose en el piso justo antes de romperle la nariz de un puñetazo. Erick no podía creer la velocidad de “Zorrillo” ni su habilidad para el combate; parecía uno de esos hombres de las películas de acción a los que no los puedes matar con nada, y a Erick le encantaban esas películas.

El chofer, a pesar de haber recibido un buen golpe, fue el único que recibió. En cuanto estuvo consciente de nuevo después de la agresión, y con un hilillo de sangre recorriéndole la sien izquierda, devolvió el ataque lanzando un golpe certero que asestó directo en la barbilla del tipo con la barba de chivo, justo antes de que atacara otra vez, quien inmediatamente cayó al suelo y no se volvió a levantar.

Los tres parecían haber tenido suficiente. Estaban cansados y golpeados; intentaban hacer que su amigo se levantara del suelo mientras “Zorrillo”

blandía la navaja en sus manos.

-¡Lárguense! – Gritó, jadeando de la excitación brindada por la adrenalina – De lo contrario no seremos tan amables como ahora.

El tipo de la barba de chivo se levantó, tambaleándose, con ayuda de sus amigos.

-¡Esto no se queda así, "Zorrillo"! – Gritó el Líder mientras él y su compañía se alejaban del lugar.

El chofer y "Zorrillo" se veían agotados, con la respiración acelerada y el pulso alto. Durante unos segundos, Erick se imaginó en una situación similar y no se le ocurría qué hacer en esos momentos. Si algún día se viera en la necesidad de pelear de esa manera, ¿sería capaz de hacerlo? Él no era un sujeto agresivo ni violento, y las únicas veces en las que tuvo que levantar los puños fue en la escuela, en esas peleas que acaban con una detención o una expulsión; y por lo general sólo había peleado con sujetos de su calibre, tan débiles o tan fuertes como lo era Erick. A diferencia de "Zorrillo", jamás lo atacaron con un arma de ningún tipo, y era estresante pensar en el día en que sucediera. Era fácil pensar en salir corriendo o en ver cómo desarmar al agresor, pero uno no piensa cuando tiene el cañón de un arma en frente o si le están blandiendo una navaja en la cara.

"Zorrillo" ya había pasado por esas cosas y quizá por peores.

Era un tipo peligroso que sabía cuándo atacar, tanto si era necesario como si no lo era.

El chofer giró su cuerpo mientras tocaba la herida de su sien; lanzó una maldición al aire al darse cuenta de que lo que le escurría no era sudor sino sangre.

-¡Hijos de perra! – soltó, apretando el puño con el cual se tocó la herida – ¡Los mataré a todos en cuanto los vuelva ver!

Candy se bajó del automóvil y se fue corriendo hasta el hombre obeso con un pañuelo blanco en la mano.

-¿Estás bien, Jerome? – Le preguntó, muy preocupada.

Acercó el pañuelo a la sien del chofer obeso, quien al parecer se llamaba Jerome, un nombre que le quedaba muy bien, dado su aspecto, pensaba Erick. El hombre lanzó un grito sordo de dolor cuando el pañuelo de Candy tocó su piel abierta. Ella explicó que tenía alcohol, por eso le dolía, iba a desinfectar la herida. "Zorrillo" se apartó de ellos y lanzó la navaja al piso; miró a Erick, quien estaba sosteniendo con mucha fuerza el maletín, como

si éste fuera a salir corriendo.

-¡Ya sube al maldito auto! – Le ordenó, y Erick lo obedeció.

El silencio se hizo presente durante el camino de regreso. Las gotas de agua pegaban al parabrisas rítmica y delicadamente, convirtiendo el interior del auto en una especie de banda sonora desafinada. Jerome retomó su papel de conductor; un parche de gaza improvisado cubría la herida en su cabeza. "Zorrillo" estuvo callado la mayor parte del tiempo; en su rostro se veía una cara de irritación prolongada; estaba molesto, y la adrenalina parecía no haberse ido aunque ya hubiera ganado la pelea.

Erick miró a Candy, quien estaba a su lado en el asiento trasero; lucía preocupada, su bella cara no se mostraba tan alegre como cuando la vio hasta hacía apenas unas horas. Desvió la vista a la ventana empañada y no pudo evitar pensar en esos sujetos que llegaron buscando problemas a la residencia de Kassaly; hasta donde él sabía, nadie era tan tonto para ir a meterse con ese sujeto, dados los rumores, era mejor no hacer enojar a Kassaly y mantenerse alejado de él lo más que se pudiera y pagarle todo lo que se le debía. La regla de oro. Pagar en tiempo y forma. Pero aquellos tipos con pinta militar parecían ignorar eso y simplemente fueron ahí con intenciones nada buenas, buscando pelea; Erick pensó que tal vez no esperaban encontrarse a "Zorrillo" y a Jerome ahí afuera, quizá ni siquiera contaban con que estuvieran en el lugar; si hubieran llegado unos minutos después, probablemente habría sido más sencillo hacer lo que sea que fueron a hacer.

No pudo evitar romper el tan frío silencio en el interior del vehículo y preguntó:

-¿Quiénes eran esos sujetos?

Todos lo voltearon a ver, pero ninguno le contestó, al menos no al instante. Fue Candy quien tomó aire para hablar:

-Se hacen llamar "Los Marines". Son una banda que tiene una rivalidad con nosotros desde hace tiempo. Suelen darnos problemas siempre que pueden, pero "Zorrillo" y Jerome saben mantenerlos a raya.

-Pero – comenzó Erick – ¿por qué inició la rivalidad?

Esta vez fue Jerome quien habló:

-Este era su territorio antes de que nosotros llegáramos. Supongo que se sintieron amenazados por nuestra presencia y quieren que veamos quienes son los que mandan.

-Lo que no saben es que no son ellos – dijo “Zorrillo” desde el asiento del copiloto –. Si llamáramos a la escolta del Sr. Kassaly para que se ocupe de ellos, ten por seguro que en cuestión de días, esos sujetos serían historia. Pero somos demasiado amables y queremos darles la oportunidad de que tomen la iniciativa para que vean su lugar en esta cadena alimenticia.

Erick se detuvo a analizar un momento aquella última frase que salió de la boca de “Zorrillo”. “Cadena alimenticia”, sí, quizá era más sencillo de lo que parecía. Depredadores contra depredadores, todos lo somos, pero siempre habrá alguien que deberá tomar el lugar de la presa; el Alfa contra los Betas; y Erick temía estar en el nivel más bajo de supervivencia de aquella cadena alimenticia.

Es un aterrador Ciclo de la Vida, pensó, sosteniendo el maletín más fuerte que nunca.

-¿No les preocupa haber dejado al Sr. Kassaly solo con esos sujetos rondando? – Preguntó Erick.

Jerome se expresó con una leve risa al igual que “Zorrillo”. Candy inhaló y exhaló aire y miró a Erick un momento, como si fuera el niño nuevo del salón al que todos pretender mangonear y humillar.

-Kassaly es la última persona de la que debes preocuparte.

A excepción de las risas de los dos sujetos de adelante, nadie dijo ni hizo nada durante un buen rato.

Dejaron a Erick en el parque EHWOOD, un lugar viejo y abandonado que alguna vez pudo ser considerado centro recreativo. La hierba estaba muy crecida y ya hacía tiempo que dejaron de cortarla, los árboles estaban secos y llenos de gusanos y otro tipo de insectos; su follaje estaba marchito de por medio, rodeado de moscas y mosquitos. Había un arenero cerca, donde había columpios, un tobogán, un pasamano, cilindros de plástico asimilando un fuerte, y sube – baja; todos estaban oxidados y con partes que estaban rotas de tal manera que eran demasiado peligrosos para que los niños jugaran. A pesar de que había bancas, nadie nunca las usaba, pues el olor debía de ahuyentarlos al instante, sin mencionar que el parque ya no era para nada cómodo o recreativo; incluso su enrejado

estaba roto; de seguro era producto de los drogadictos que se filtran allí a fumar su hierba o a inhalar pegamento 3000.

Era un sitio horrible que había visto tiempos mejores.

Ya estaba oscureciendo cuando el vehículo dejó a Erick frente a aquel lugar; la llovizna seguía presente y el frío comenzaba a sentirse. Erick llevaba el maletín lleno de dinero debajo de su chaqueta marrón. Antes de bajarse del vehículo, agradeció a los tres (en especial a Candy) por todo, sobre todo por el viaje de ida y vuelta.

Estaba a punto de alejarse del parque con el maletín debajo de la axila dentro del abrigo cuando Jerome abrió la ventanilla y le gritó:

-¡Oye! – Se detuvo en seco y giró su cuerpo – ¡Ten cuidado!, ¡Kassaly es un tipo muy serio, yo diría que bastante! – Hubo una prolongada pausa - ¡Nos vemos!

Jerome subió su ventanilla para luego girar en una glorieta cercana y regresar por donde vinieron.

Erick contempló como el automóvil se alejaba, perdiéndose entre la delicada llovizna y la cercana oscuridad de la noche que se cerniría pronto. Comenzó a dirigirse a su casa, que se ubicaba una cuadra al norte y otra al este; era una residencia sencilla de un solo piso, una sala-comedor con cocina al lado, un baño y dos recámaras. No era la gran cosa pero sí era cómoda y adecuada para vivir otro par de años al menos. No podía quejarse realmente; tenía suficiente dinero para pagar el cable, el agua, la luz y otros servicios, pero estaba muy consciente de que no sería así en poco tiempo, y menos trabajando en esa cafetería de NATFEEK, ganando una miseria y recibiendo un trato del demonio. Durante el trayecto, iba imaginándose todo lo que cincuenta mil dólares podrían proveer. No iba a necesitar los cincuenta sólo para su futuro negocio, sino también aprovecharía pagar deudas pendientes e invertir en una o dos acciones seguras de unos compañeros del trabajo que estaban tan o más jodidos que él pero tuvieron un golpe de suerte pequeño. Estaba seguro de que pidieron un préstamo al banco, Erick quizá era más original; fue con un prestamista.

Recordaba que su padre siempre dijo que los Farbes eran visionarios a mediano plazo, y era algo que repetía con mucha frecuencia cuando Erick vivía en casa con él y su madre, era hijo único, y por lo tanto sobre él recaía el linaje de los Farbes, y, a pesar de que le resultaba incómodo y tedioso, al mismo tiempo le producía una fuerte sensación de satisfacción, que si bien sólo se veía en su padre cuando regresaba del trabajo en aquellos tiempos.

El cielo se tornó de un gris absoluto para descargar la verdadera lluvia con la que había estado amenazando mucho tiempo antes; ya no lloviznaba, sino más bien diluviaba. Erick comenzó a caminar, sosteniendo el maletín tal y como lo estuvo haciendo desde que el vehículo en el que lo trajeron se alejó. El agua que caía sobre él le reconfortaba de alguna manera; le ayudaba a sentirse limpio después de haberse ensuciado tanto en aquella casa, que bien pudo haber pasado como matadero y Erick como un cerdo listo para morir; se imaginó a Kassaly como el granjero de overol de mezclilla, sombrero de paja, con un paliacate rojo alrededor de su cuello y sin zapatos, podía verlo sujetando una guadaña en una mano y con una soga en la otra; Erick no sabía (ni le interesaba) si esa era la manera en la que asesinaban a los cerdos una vez en el matadero, pero sí sabía una cosa, algo que era definitivo e indiscutible.

Cabel Kassaly era alguien con quien no quería volver a juntarse. Pudo sentir algo maligno en su propiedad incluso antes de poner un solo pie en ella; no estaba seguro de por qué o cómo, pero dentro de esa casa deambulaba una cosa verdaderamente perversa; tal vez no algo tangible o visible, sino simplemente algo que podía sentirse en el aire, un ente malvado que estaba esperando su llegada desde hacía mucho y que se burlaba a de él apenas lo vio adentrarse en esa residencia. No podía dejar de pensar en que cometió un error terrible, tal vez la mayor equivocación de su vida, o más bien probablemente fue su único éxito hasta ahora.

Cincuenta mil dólares, sostuvo esa cifra en su mente por unos segundos; la contempló en su totalidad; un cinco al inicio, seguido de cuatro hermosos ceros. Ya estaba convenciéndose de verdad que se iba a hallar libre de deudas dentro de poco. Un año completo para ponerse en marcha y generar más dinero.

Si bien, tal vez un año no era mucho, pero no era una cantidad de tiempo nada modesta. Estaba seguro que podría aprovechar de manera inteligente su trato con Kassaly.

Un trato con el Diablo, pensó y luego sonrió, Otro buen título para un buen libro.

La noche había caído, Erick ya estaba sacando la llave de su bolsillo y enseguida abrió la puerta de su casa. Afuera, la lluvia continuaba azotando el exterior sin piedad alguna. El joven hombre estaba empapado hasta los calcetines; se quitó la chaqueta y los zapatos, luego encendió la luz de la cocina y dejó el maletín sobre el comedor. Entonces una idea macabra pero a la vez divertida le vino a la mente: Se veía a él mismo abriendo el maletín lentamente, lo más lento que se pudiera, para que la sorpresa al volver a contemplar todo ese dinero volviera, esa sensación de gloria y riqueza, quería sentirla de nuevo. Una vez que el maletín estuviera abierto de par en par, se encontraría con una bomba de tiempo que tenía un cronómetro que estaba marcando unas bonitas y brillantes

cifras en rojo que corrían atrás.

00:03

00:02

00:01

00:00

¡Boom!

La imagen fue algo hilarante por llamarlo de una forma. Trató de verse hecho añicos por una bomba, todo ensangrentado y con las partes de su cuerpo esparcidas por la cocina comedor. Rió al tener esa descripción de la escena, entonces pensó que de verdad era una buena escena, algo que funcionaría en una película o una novela.

Sin más, buscó rápidamente una libreta, seguido de un lápiz de poca punta con el borrador gastado. Lo tajó y luego comenzó a escribir:

"Él no sabía el contenido del maletín que descansaba en su regazo. Simplemente se lo entregaron y él tuvo que aceptarlo, pues si era sincero consigo mismo no le quedaban demasiadas opciones. Su jefe iba a asesinarlo si se no lo entregaba a tiempo, en forma, como todo un profesional, lo cual no era.

Y lo sabía, pero mostrarse igual que un pelele ante alguien como… (Ya se me ocurrirá un nombre después)…, su jefe, equivalía a que te comieran vivo. Bien pudo haber rechazado el trabajo, dejarle la carga a otro y poder salir limpio (figurativamente hablando); ya se lo compensaría en algún otro momento, de cualquier otra forma.

No entendía por qué se preocupaba tanto, era un simple maletín, con millones de dólares adentro, posiblemente; un documento muy importante a lo mejor, quién sabe.

¿Por qué debería preocuparse?

Recibió una llamada de celular, y al comprobar el verificador, contestó:

-¿Estás ahí? – Preguntó la voz del otro lado de la línea.

-Sí, estoy aquí. Ya lo tengo.

-Perfecto. Ábrelo.

No comprendió aquella última frase. Supuso haber escuchado mal las palabras de su compañero. Pidió que lo repitiera y lo hizo. Quedó pasmado.

-¿Por qué quieren que lo abra?

-Órdenes del jefe.

-No creo que sea buena idea.

-¿Quieres discutirlo con él? Adelante. Ya sabes su número. Márcale si algo de sus órdenes no te parece – Su voz fue como que burlona, pero a la vez quiso darle a entender una cosa.

Con el jefe nadie discutía; era lo mismo que querer reclamarle a Dios que el cielo sea azul. Simplemente sonaba absurdo querer reclamarle algo.

-Oye… yo.

-¡Abre el maletín! ¡Sólo hazlo! Luego hablamos – y colgó.

Se quedó pensativo, mirando el teléfono en su mano. Luego giró la vista al maletín, aquel objeto inanimado pero lleno de maldad.

Poseía mucha importancia. No sabía su contenido pero de seguro era importante; dinero, no cabe duda.

Entonces se dijo que no tenía caso discutir. Hizo una lista mental de lo que realizaría en aquellos momentos.

No iba a dejar el maletín cerrado. Así que sólo lo puso sobre la mesa y lo abrió con delicadeza. Introdujo la combinación, conformada por tres dígitos. Cuando escuchó el clic, fue levantando la tapa superior lentamente, y antes de poder pensar o decir nada, se vio envuelto en una

explosión que escupió llamas y chispas…

Erick dejó de escribir; admiró su narración un segundo; la leyó repetidas veces, y cada vez que sus ojos recorrían la hoja se preguntaba con más énfasis si de verdad nació para ser escritor.

Desde que era un niño había demostrado mucho interés por la literatura, sobre todo por las historias góticas y los thrillers. Aún recordaba cuando le pidió a su mamá que le leyera "El Resplandor" una noche antes de irse a dormir, y fue una historia que lo mantuvo con los párpados despegados todas las noches que su madre se lo leía. A partir de ese momento se dijo a sí mismo que iba a crear narraciones tan maravillosas como esa, y que algún día, cuando se convirtiera en un famoso escritor, sus libros iban a estar junto a los de Stephen King. Se imaginaba dándole la mano y pidiéndole un autógrafo, y que Sir King le pidiera que escribieran un libro, los dos juntos. Claro nunca pasó de ser sólo un sueño; Erick perdió mucho tiempo y no aprovechó el que tuvo en su momento y por eso ahora se vio en lo que se vio; teniendo que ir a pedir dinero a un desconocido, sin siquiera estar del todo consciente de si de verdad iba a poder devolverlo.

Durante toda su vida tomó decisiones malas, y muy malas, pocas de sus ideas tuvieron éxito, y jamás logró desarrollarse como el escritor que quería. Se miraba ahora, con veinticuatro años de edad, un hombre joven, pero a la vez ya muy viejo desde otras perspectivas; aún no hacía nada con su vida, sus empleos eran de mala paga y nunca le duraban, sus tiempos de escritura eran contados. Siempre quería esforzarse por salir adelante, siempre mirar al frente, pero todo es más fácil decirlo que hacerlo.

Arrancó la hoja de papel, la arrugó y la tiró en el cesto de basura, como lo había hecho ya otras veces.

Bebió un poco de agua, carraspeó. Estaba cansado.

Escuchaba cómo caía la lluvia a raudales; el sonido de las gotas chocando con el pavimento le produjo una sensación de intranquilidad.

Se vio así mismo sentado en su cocina-comedor, y pensó en lo que el futuro bien podía depararle.

No pensó en cosas muy buenas.

Tras contemplar una vez más el maletín con el dinero, lo cerró y se lo llevó a su habitación, donde iba a estar escondido bajo su cama. Decidió desvestirse y quedarse únicamente en calzoncillos, de esa forma quizá

dormiría más cómodo.

Ya en la cama, miró su reloj, eran las siete y media de la tarde, apenas había anochecido.

Al diablo.

Cerró los ojos y permitió que el sueño se apoderase de él, aunque iba a llevarle un rato.